

Antonio MIRALLES, *El concepto de tradición en Martín Pérez de Ayala*, Pamplona, Eunsa (Col. «Teológica», n. 26), 1980, 134 pp., 15,5 × 24,5.

El presente estudio proviene de un trabajo iniciado a principios de los años 60, cuando el tema de la Tradición estaba suscitando extraordinario interés entre los teólogos. La bibliografía científica al respecto se multiplicó espectacularmente entre 1959 y 1965 y la discusión llegó a trascender el ámbito académico. Conviene no olvidar, a este propósito, que los Padres convocados al Concilio Vaticano II habían rechazado, en noviembre de 1962, un proyecto de esquema sobre «las fuentes de la Revelación», indicando que se continuase estudiando la cuestión para llegar a un nuevo texto. Por ello, hasta la aprobación y promulgación de lo que iba a ser la Constitución dogmática *Dei Verbum* sobre la Divina Revelación, los especialistas en la materia veían una oportunidad de que sus publicaciones contribuyesen a la elaboración del documento conciliar.

En lo que respecta a la Tradición, la cuestión que despertaba mayor controversia era su relación con la Escritura y, concretamente, si podía afirmarse o no la existencia de verdades de fe que sólo fueran transmitidas por medio de la Tradición, sin estar contenidas al menos germinalmente en la S. Escritura. La cuestión había sido planteada anteriormente por Geiselman a propósito de la interpretación del Decreto *Sacrosancta* del Concilio de Trento. Junto a este autor se alinearon Congar, De Voohgt, Holstein y Tavard, defendiendo que Trento no quiso definir las existencias de tradiciones dogmáticas *constitutivas*, por lo que el asunto podía considerarse cuestión disputada y de libre opinión. Otros teólogos como Boyer, Lennerz, Salaverri, Saraiva Martins y Trapé defendían la tesis contraria, fundada en la interpretación del Decreto hecha por Melchor Cano, Pedro Canisio y Belarmino, sostenida también casi unánimemente por la generalidad de los autores posteriores.

En esa polémica de los años sesenta fueron traídos a colación los teólogos que intervinieron en el Concilio de Trento y, entre ellos, Martín Pérez de Ayala: buen conocedor de cómo se llegó a la redacción definitiva del Decreto *Sacrosancta*, citado como tal por Geiselmán y estudiado después por Tavard.

En este contexto, se sitúa el estudio de A. Miralles sobre el volumen *De Traditionibus*, publicado por Pérez de Ayala en 1549 —tres años después de aprobarse el Decreto tridentino en cuestión—: el primer tratado ordenado y completo que se ha escrito sobre la Tradición y una de las grandes obras teológicas del siglo XVI, según Jedin.

La monografía de Miralles, siguiendo el orden de las diez tesis o «assertiones» que integran el *De Traditionibus*, divide la materia objeto de estudio en cuatro capítulos: 1.º) el concepto de Tradición y su relación con la S. Escritura; 2.º) la comparación entre Escritura y Tradición desde la perspectiva de las verdades que contienen; 3.º) la Tradición y el Magisterio; el *sensus Ecclesiae*; y 4.º) el origen y la autoridad de los diversos tipos de tradiciones en la Iglesia. Además, como introduc-

ción al estudio doctrinal, se ofrece una biografía de Pérez de Ayala y el análisis de las fuentes, método y estructura de la que fuera su principal obra.

Pérez de Ayala —recuerda Miralles— asistió en 1545 a la Dieta de Worms y conoció las obras de todos los luteranos que tenían algún nombre, escribiendo el *De Traditionibus* como respuesta teológica a lo que consideraba la clave del luteranismo: el principio de la *sola Scriptura*. Por este contexto polémico en que la obra se redacta, el autor evitó citar a los autores eclesiásticos y al Magisterio más reciente, fundamentando sus posiciones en la autoridad de los testimonios de los Padres. La Biblia, dice Pérez de Ayala, no goza en todas sus partes «de tal claridad que ella misma se explique y por sí misma pueda entenderse» y es la Iglesia, «el Magisterio público del Espíritu Santo, contenido en las tradiciones apostólicas y en el 'sensus Ecclesiae'», quien puede interpretarla con autoridad. Como resultado de su estudio y en polémica con Tavard y Geiselmann, Miralles concluye que Pérez de Ayala afirma claramente la existencia de «tradiciones constitutivas», que completan la S. Escritura, junto a otras tradiciones que se refieren directamente a la autoridad de los mismos Libros Sagrados.

El *sensus Ecclesiae* hemos de buscarlo, en primer lugar, en los legítimos sucesores de los Apóstoles, en las enseñanzas de la Jerarquía. Pero no sólo en lo que enseña actualmente, sino en lo que la Iglesia ha creído y enseñado desde los Apóstoles hasta nuestros días. De esta manera, lo que la Iglesia enseña es la regla de fe; y regla próxima, que no precisa ulteriores mediaciones, ya que viene garantizada por la autoridad y asistencia del Espíritu Santo.

El teólogo tridentino hace notar que la Tradición en sentido activo —la acción de transmitir— no se identifica con los actos del Magisterio, pues todo el pueblo cristiano interviene en la entrega del Depósito de una generación a la siguiente. En este sentido, cabe señalar que Pérez de Ayala mantiene un sentido amplio de Tradición. Miralles no acepta, pues, la opinión de Proaño Gil, según el cual nuestro autor habría tenido un influjo decisivo en la restricción del concepto de Tradición, o sea, en la difusión de un uso de ese término referido sólo al conjunto de tradiciones no escritas, es decir, no recogidas en los libros que integran la S. Escritura.

El análisis del profesor Miralles contribuye a aclarar un punto de interés en la historia del pensamiento teológico, demostrando que este teólogo tridentino sostenía la existencia de verdades de fe que no se encuentran en las Escrituras. Lo que incide de forma directa en la cuestión que fue debatida en los años sesenta, para luego decaer aunque sin quedar resuelta.

Con todo, tras la definitiva redacción de la Constitución *Dei Verbum*, parecen haber quedado superados los términos de la polémica en la que participara Pérez de Ayala. Al fijar la atención, más bien, en la unidad del Evangelio y en la complementariedad de los modos en que éste se transmite para llegar a nosotros, la cuestión por la existencia de «tradiciones constitutivas» pasa a un segundo plano y queda quizá indeterminada. El Concilio Vaticano II se mantiene al margen de la polémica

antigua afirmando que la Iglesia «no saca exclusivamente de la Escritura la certeza de todo lo revelado» (*Dei Verbum*, n. 9), a la vez que subraya con radicalidad el insustituible papel de la Tradición en la transmisión de la Revelación.

¿Son estas palabras consecuencia de la prudencia pastoral o tratan de transmitirnos una invitación a plantear el tema desde unas instancias teológicas más amplias? En cualquier caso, para valorar al teólogo Pérez de Ayala, además de sus tesis sobre las tradiciones constitutivas, hay que tener en cuenta su esfuerzo por mantener un más amplio concepto de Tradición, más allá de ese sentido más restringido.

JOSÉ MIGUEL ODERO

Enrique LLAMAS MARTÍNEZ, *Bartolomé de Torres, teólogo y obispo de Canarias. Una vida al servicio de la Iglesia*, Madrid, C.S.I.C., Instituto «Francisco Suárez» («Biblioteca Theologica Hispana», serie 1.<sup>a</sup>, n. 8), 1979, 512 pp., 17 × 25.

E. Llamas es sobradamente conocido no sólo en el campo de la mariología —es el Presidente de la Sociedad Mariológica Española—, sino en el de la historia de la teología y espiritualidad españolas. Por eso no puede causarnos sorpresa la publicación de esta nueva obra que tan de lleno se inserta en la historia de la teología y de la Iglesia, de la España del siglo XVI. Viene a ser, en efecto, como un eslabón más dentro de la cadena de estudios que a esta época y a esas facetas el Autor dedica desde hace ya algunos años.

El libro intenta acercarnos, con el mayor lujo de datos posible, a la figura y obra de Bartolomé de Torres (1512-1568), que cubre un período —la primera mitad del siglo XVI— de tanta significación en la renovación teológica y religiosa españolas. Es cierto que B. de Torres no ocupa uno de los lugares más principales en la teología o en el mundo eclesiástico de entonces: no es una figura de primera línea. Su vida y su obra, la actividad académica y eclesiástica que desarrolla tienen, sin embargo, una gran importancia: desempeña puestos destacados y lleva a cabo misiones que le relacionan con las personas más influyentes de la primera mitad del siglo XVI. Y sobre todo «el prestigio que alcanzó la Universidad de Sigüenza depende de su actuación como profesor en sus aulas. Es él la figura *princeps* de la historia de aquella Universidad» (p. 22). «En este sentido, Bartolomé de Torres es un digno exponente de la floración teológica española, que precede, prepara y acompaña la celebración del Concilio de Trento, y que a su vez es fruto de la renovación y del asentamiento firme de las instituciones universitarias: Alcalá, Salamanca y Sigüenza» (p. 24).

Llamas, consciente de que la historia de esa época en los aspectos concretos que él estudia, no podrá ser redactada de manera completa